

TERRY
GOODKIND

La ESPADA de la VERDAD

CADENA
DE FUEGO



minotauro

TERRY GOODKIND
La ESPADA de la VERDAD

9
CADENA
DE FUEGO

minotauro

La Espada de la Verdad n.º 09/17 Cadena de Fuego

Chainfire (Sword of Truth) by Terry Goodkind © 2005 published in agreement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, USA.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Gemma Gallart

Diseño de cubierta: Coverkitchen

Revisado por: El Taller del Llibre

Mapa: Terry Goodkind

ISBN: 978-84-450-1743-2

Depósito legal: B.11.910-2023

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros



Cuánta de la sangre es suya? —preguntó una mujer.

La mayor parte, me temo —dijo una segunda mujer mientras ambas apresuraban el paso junto a él.

Mientras Richard luchaba por concentrarse en la necesidad de mantener la consciencia, las voces jadeantes le sonaban como si procedieran de algún lugar muy remoto. No estaba seguro de quiénes eran, aunque sabía que las conocía, pero justo en aquellos momentos eso no parecía importar.

El dolor aplastante que sentía en el pecho y la necesidad de aire lo tenían al borde del pánico, y debía hacer un esfuerzo sobrehumano para inhalar cada crucial bocanada de aire.

Aun así, tenía una preocupación mayor.

Richard luchó por dar voz a su preocupación prioritaria, pero no consiguió formar las palabras, no consiguió emitir más que un gemido entrecortado. Asió el brazo de la mujer de su lado, desesperado porque se detuvieran, porque lo escucharan; pero ésta lo malinterpretó e instó a los hombres que lo transportaban a ir más deprisa, a pesar de que jadeaban ya por el esfuerzo de cargar con él por el rocoso terreno. Intentaban hacerlo con la mayor delicadeza posible, pero en ningún momento se atrevieron a aminorar la marcha.

No muy lejos, un gallo cacareó, como si aquél fuese un día como cualquier otro.

Richard observaba la confusa actividad que giraba a su alrededor con una curiosa sensación de indiferencia; sólo el dolor parecía real. Recordó haber oído que, cuando uno moría, no importaba cuánta gente había allí, junto a uno, que uno moría totalmente solo, y así se sentía en aquellos momentos: solo.

Cuando abandonaron los árboles para penetrar en un terreno abrupto

to, pobremente arbolado y lleno de matojos, Richard vio un cielo plomizo que amenazaba con desencadenar una lluvia torrencial. Que lloviera era lo último que necesitaba. Si al menos aguantara sin llover.

Mientras proseguían la carrera, hicieron su aparición las paredes de madera sin pintar de un edificio pequeño, seguidas por una serpenteante valla para encerrar ganado a la que la intemperie había dado una pátina de un gris plateado. Gallinas sobresaltadas cloquearon a la vez que se dispersaban a su paso. Richard apenas advirtió los rostros lívidos que contemplaban cómo lo transportaban mientras tensaba el cuerpo para defenderse del dolor; sentía como si lo estuviesen desgarrando.

Todo el tropel de gente que lo rodeaba pasó a través de una entrada estrecha y entró en la oscuridad del otro lado.

—Aquí —dijo la primera mujer, y a Richard le sorprendió darse cuenta, entonces, de que era la voz de Nicci—. Ponedlo aquí, sobre la mesa. Rápido.

Richard oyó el ruido de objetos pequeños tintineando contra el suelo y rebotando sobre un piso de tierra. Los postigos golpearon cuando los abrieron a toda prisa para dejar entrar algo de luz al interior de la mohosa habitación.

Parecía ser una alquería. Las paredes se inclinaban en un ángulo extraño, como si el lugar tuviese dificultades para mantenerse en pie, como si fuera a derrumbarse en cualquier momento. Privado de las personas que en una ocasión habían hecho de ella su hogar, que le habían dado vida, aquello tenía el aura de un lugar que aguarda a que se instale en él la muerte.

Los hombres que le sujetaban piernas y brazos lo alzaron y luego, con cuidado, lo depositaron sobre la mesa de tablas toscamente talladas. Richard quiso contener la respiración para soportar el dolor angustioso que le ardía en el pecho, pero necesitaba desesperadamente el aliento que no parecía ser capaz de obtener.

Necesitaba el aliento para hablar.

Llameó el relámpago, y al cabo de un instante el trueno retumbó.

—Es una suerte que consiguiésemos llegar a un lugar donde refugiarnos antes de que empezara a llover —dijo uno de los hombres.

Nicci asintió distraídamente mientras se inclinaba más cerca, toqueteando el pecho de Richard, quien lanzó un grito y arqueó el cuerpo sobre la mesa, intentando retorcerse lejos del examen de sus dedos. La otra mujer le apretó inmediatamente los hombros hacia abajo para que no se moviera.

Intentó hablar; casi consiguió hacer salir las palabras, pero entonces tosió una bocanada de sangre espesa y empezó a asfixiarse.

La mujer que le sujetaba los hombros le giró la cabeza.

—Escupid —le indicó al mismo tiempo que se inclinaba más cerca de él.

La sensación de no conseguir aire le produjo un fogonazo de abrasador temor. Richard hizo lo que ella decía y la mujer le pasó los dedos a través de la boca, moviéndolos para despejar una vía respiratoria. Con su ayuda, Richard consiguió por fin toser y escupir sangre suficiente para poder inhalar algo del aire que necesitaba.

Mientras palpaba con los dedos la zona alrededor de la flecha que le sobresalía del pecho, Nicci lanzó una imprecación por lo bajo.

—Queridos espíritus —murmuró en una queda plegaria a la vez que le desgarraba la camisa empapada de sangre—, permitid que haya llegado a tiempo.

—Temí arrancar la flecha —dijo la otra mujer—. No sabía lo que sucedería... no sabía si debería... así que decidí que lo mejor era marchar y confiar en encontrarte.

—Da gracias de que no lo intentases —respondió Nicci, deslizando la mano bajo la espalda de Richard mientras éste se retorció de dolor—. Si la hubieses arrancado, ya estaría muerto.

—Pero puedes curarle. —Sonó más a una súplica que a una pregunta. Nicci no contestó.

—Puedes curarle. —En esa ocasión las palabras surgieron siseadas a través de unos dientes fuertemente apretados.

Por el tono autoritario e impaciente, Richard comprendió que se trataba de Cara. Él no había tenido tiempo de decírselo antes del ataque, aunque sin duda ella debería saberlo; pero, si lo sabía, entonces, ¿por qué no lo decía? ¿Por qué no lo tranquilizaba?

—De no haber sido por él, nos habrían cogido por sorpresa —dijo un hombre que se mantenía apartado—. Nos salvó a todos cuando atacó a aquellos soldados que se nos acercaban a hurtadillas.

—Tienes que ayudarlo —insistió otro hombre.

Nicci agitó el brazo con gesto impaciente.

—Todos vosotros, salid fuera. Este lugar ya es bastante pequeño. No puedo permitirme distracciones en estos momentos. Necesito algo de quietud.

Volvió a centellear el relámpago, como si los buenos espíritus tuviesen intención de negarle lo que necesitaba. El trueno retumbó con una profunda y sonora amenaza de la tormenta que se les venía encima.

—¿Enviarás a Cara afuera cuando sepas algo? —preguntó uno de los hombres.

—Sí, sí. Salid.

—Y aseguraos de que no hay más soldados por los alrededores que puedan sorprendernos —añadió Cara—. Manteneos fuera de la vista por si los hay. No podemos permitir que nos descubran aquí... en estos momentos.

Los hombres juraron hacer lo que les decía y una luz neblinosa se derramó sobre la sucia pared encalada cuando la puerta se abrió. A medida que los hombres salían, sus sombras pasaron espectrales a través del retazo de luz, igual que los buenos espíritus.

Al pasar por su lado, uno de ellos tocó brevemente a Richard en el hombro; fue un ofrecimiento de consuelo y valor. Richard reconoció vagamente el rostro, aunque no había visto a aquellos hombres desde hacía algún tiempo, y se le ocurrió que aquél no era un modo de celebrar una reunión. La luz desapareció cuando los hombres cerraron la puerta tras ellos, dejando la habitación sumida en la penumbra de la luz que penetraba por la única ventana.

—Nicci —insistió Cara en voz baja—, ¿puedes curarle?

Richard había ido a encontrarse con Nicci cuando tropas enviadas para aplastar el levantamiento contra el gobierno brutal de la Orden Imperial habían tropezado con su apartado campamento. Su idea primordial, justo antes de que los soldados topasen con él, había sido que tenía que encontrar a Nicci. Un destello de esperanza llameó en la oscuridad de su frenética inquietud; Nicci podría ayudarle.

Ahora Richard necesitaba conseguir que lo escuchase.

Cuando ella se inclinó muy cerca de él, deslizándolo la mano bajo su cuerpo, al parecer para averiguar lo cerca que había estado la flecha de atravesarlo por completo, Richard se las arregló para asirle el vestido negro a la altura del hombro. Vio que tenía la mano reluciente de sangre y sintió que hilillos de sangre le corrían por el rostro.

Los ojos azules de la mujer se volvieron hacia él.

—Todo irá bien, Richard. Quédate quieto. —Una guedeja de cabellos rubios resbaló y le cayó por el otro hombro cuando él intentó acercarla más—. Estoy aquí. Tranquilízate. No te dejaré. Quédate quieto. Todo va bien. Voy a ayudarte.

A pesar de lo bien que disimulaba, el pánico acechaba en su voz, y pese a la sonrisa tranquilizadora que mostraba, le brillaban lágrimas en los ojos, lo que le dio a entender que la herida podría estar más allá de las habilidades sanadoras de Nicci.

Eso no hacía más que dar mayor importancia al hecho de que lo escuchase.

Richard abrió la boca, intentando hablar, pero no pareció conseguir aire suficiente. Tiritó de frío, cada inhalación era una lucha que daba

como resultado poco más que un estertor pastoso. No podía morir, no allí, no ahora. Las lágrimas le escocieron en los ojos.

Nicci volvió a empujarle suavemente hacia abajo.

—Lord Rahl —dijo Cara—, quedaos quieto. Por favor. —Le apartó la mano que sujetaba el vestido de Nicci y la sostuvo contra sí misma con un fuerte apretón—. Nicci se ocupará de vos. Estaréis perfectamente. Simplemente quedaos quieto y dejadla hacer.

Mientras la rubia melena de Nicci caía suelta y ondulante, la de Cara estaba sujeta en una única trenza. No obstante lo preocupada que él sabía que ella estaba, Richard podía ver en la postura de Cara únicamente su poderosa presencia, y en las facciones y los férreos ojos azules, su fuerza de voluntad, y justo en aquellos instantes, aquella fuerza, aquella seguridad en sí misma eran un terreno firme para él en medio de las arenas movedizas del terror.

—La flecha no lo atraviesa por completo —indicó Nicci a Cara a la vez que sacaba la mano de debajo de la espalda de Richard.

—Ya te lo dije. Consiguió desviarla con la espada. Eso es bueno, ¿verdad? ¿Es mejor que no le perforase la espalda, verdad?

—No —musitó Nicci.

—¿No? —Cara se inclinó más cerca de la otra mujer—. Pero ¿cómo puede ser peor?

Nicci alzó los ojos hacia Cara.

—Es una saeta de ballesta. Si sobresaliera por la espalda, o estuviese lo bastante cerca que sólo hiciese falta empujar un poco, podríamos partir la púa de la punta y tirar hacia atrás del asta para sacarla.

Dejó sin decir lo que tendrían que hacer ahora.

—No sangra tanto —comentó Cara—. Al menos hemos detenido eso.

—Quizás exteriormente —dijo Nicci en un tono confidencial—. Pero sangra internamente, en el pecho; la sangre le está llenando el pulmón izquierdo.

En esta ocasión fue Cara quien asió un trozo del vestido de Nicci.

—Pero tú vas a hacer algo. Vas a...

—Desde luego —gruñó Nicci a la vez que liberaba el hombro que Cara sujetaba.

Richard lanzó un grito ahogado de dolor. Las crecientes aguas del pánico amenazaban con anegarlo.

Nicci le posó la otra mano sobre el pecho para mantenerlo inmóvil así como para ofrecerle consuelo.

—Cara —dijo—, ¿por qué no esperas fuera con los demás?

—Ni hablar. Será mejor que sigas.

Nicci evaluó los ojos de la mord-sith durante un breve instante,

luego se inclinó al frente y volvió a asir el asta que sobresalía del pecho de Richard. Éste sintió cómo el hormigueo exploratorio de la magia seguía el curso de la flecha, internándose en lo más profundo de su cuerpo, y reconoció el tacto único del poder de Nicci, del mismo modo que podía reconocer su singular voz sedosa.

Comprendió que no había tiempo para retrasar lo que tenía que hacer. Una vez que ella empezara, no había forma de saber cuánto tiempo transcurriría hasta que despertara... si es que despertaba.

Con toda la fuerza de que disponía, Richard se abalanzó al frente, agarrándole el vestido por el cuello. Luego se izó muy cerca de su rostro y tiró de ella para que pudiera oírle.

Tenía que preguntar si sabían dónde estaba Kahlan. Si no lo sabían, entonces tenía que pedir a Nicci que le ayudase a encontrarla.

La única cosa que consiguió pronunciar fue una sola palabra.

—Kahlan —musitó.

—De acuerdo, Richard. De acuerdo. —Nicci le agarró las muñecas y retiró las manos de su vestido—. Escúchame. —Volvió a empujarle sobre la mesa—. Escucha. No hay tiempo. Tienes que calmarte. Quédate quieto. Simplemente relájate y deja que haga mi trabajo.

Le echó hacia atrás los cabellos y posó una mano afectuosa sobre su frente mientras la otra volvía a asir la maldita flecha.

Richard luchó con denuedo para decir que no, forcejeó para decirles que era necesario que encontraran a Kahlan, pero el hormigueo de la magia se intensificaba y adoptaba la forma de un dolor paralizante.

Se quedó rígido debido al intenso dolor que le hendía el pecho.

Vio los rostros de Nicci y Cara sobre él.

Y luego una oscuridad sepulcral estalló en el interior de la habitación.

Nicci ya lo había curado en otra ocasión y Richard conocía la sensación que producía su poder; pero esta vez, era distinto. Peligrosamente distinto.

—¡Qué haces! —exclamó Cara con un grito ahogado.

—Lo que debo si quiero salvarle. Es el único modo.

—Pero no puedes...

—Si prefieres que deje que se deslice en los brazos de la muerte, entonces dilo. De lo contrario, déjame hacer lo que debo para mantenerlo entre nosotros.

Cara estudió el semblante acalorado de Nicci durante sólo un momento antes de soltar aire ruidosamente y asentir.

Richard alargó la mano para coger la muñeca de Nicci, pero Cara atrapó la de él primero y la apretó de nuevo contra la mesa. Los dedos del herido fueron a descansar sobre el oro entretejido que deletreaba la

palabra VERDAD en la empuñadura de su espada. Volvió a pronunciar el nombre de Kahlan, pero en esta ocasión ningún sonido brotó de sus labios.

Cara frunció el entrecejo y se inclinó hacia Nicci.

—¿Has oído qué ha dicho?

—No lo sé. Algún nombre. Kahlan, creo.

Richard intentó chillar: «Sí», pero no emitió más que un ronco gemido.

—¿Kahlan? —preguntó Cara—. ¿Quién es Kahlan?

—No tengo ni idea —murmuró Nicci mientras su concentración regresaba a la tarea que tenía entre manos—. Evidentemente delira por la pérdida de sangre.

Richard fue incapaz de tomar aire para protestar ante el dolor que de improviso aulló a través de él.

Brilló el relámpago y volvió a repicar el trueno, en esta ocasión liberando un torrente de lluvia que empezó a tamborilear sobre el tejado.

En contra de la voluntad de Richard, una oscuridad neblinosa fue cubriendo los rostros de ambas mujeres.

Únicamente consiguió musitar el nombre de Kahlan una vez antes de que Nicci dirigiera a su interior todo el chorro de la magia.

El mundo se disolvió en la nada.



El aullido lejano de un lobo despertó a Richard de un sueño profundo. El desesperanzado grito resonó por las montañas, pero quedó sin respuesta. Richard permaneció tumbado de lado, bajo la luz surrealista de un falso amanecer, escuchando distraídamente, aguardando a que otro aullido respondiera al primero, pero nunca llegó.

Por mucho que lo intentara, no parecía conseguir abrir los ojos durante un período de tiempo mayor que el de un único y lento latido, y mucho menos reunir energías para alzar la cabeza. Imprecisas ramas de árboles parecían agitarse en la lóbrega oscuridad. Resultaba curioso que un sonido tan corriente como el aullido lejano de un lobo lo despertara.

Recordó que Cara estaba a cargo de la tercera guardia, y que sin duda no tardaría en despertarlos. Con un gran esfuerzo, reunió fuerzas para girar sobre sí mismo. Necesitaba tocar a Kahlan, abrazarla, volver a dormirse con ella, entre sus brazos protectores, durante unos deliciosos minutos más; su mano encontró sólo vacío.

Kahlan no estaba allí.

¿Dónde estaba? ¿Adónde había ido? A lo mejor se había despertado temprano e ido a charlar con Cara.

Se sentó en el suelo, e instintivamente se aseguró de que tenía la espada a mano. Los dedos encontraron el tranquilizador contacto de la bruñida vaina y la empuñadura de malla de metal entretejido. La espada descansaba en el suelo, junto a él.

Oyó el quedo susurro de una lluvia lenta y constante, y recordó que por algún motivo necesitaba que no lloviese.

Pero si llovía, ¿por qué no lo notaba? ¿Por qué tenía el rostro seco? ¿Por qué estaba el suelo seco?

Se incorporó frotándose los ojos, intentando orientarse, intentando

aclarar la confusión de su mente mientras se esforzaba por reunir sus dispersos pensamientos. Atisbó en la oscuridad y comprendió que no estaba en el exterior. A la tenue luz gris del amanecer que penetraba por una única y pequeña ventana, vio que se hallaba en una habitación en estado ruinoso. El lugar olía a humedad. Unas ascuas moribundas brillaban en las cenizas de un hogar empotrado en una pared encalada que se alzaba ante él. Una cuchara de madera ennegrecida colgaba a un lado del hogar, una escoba a la que apenas quedaban cerdas estaba apoyada en el otro lado, pero aparte de eso no vio objetos personales que dieran información sobre las personas que vivían allí.

Parecía como si aún faltase algún tiempo para el alba, y el tamborileo incesante de la lluvia sobre el tejado prometía que no habría sol ese día. Además de gotear por distintos agujeros del destrozado tejado, la lluvia se filtraba alrededor de la chimenea, añadiendo otra capa más de suciedad al deslucido yeso.

Ver la pared con el enlucido de yeso, el hogar y la pesada mesa de tablas le devolvió fragmentos espectrales de recuerdos.

Empujado por la necesidad de saber dónde estaba Kahlan, Richard se levantó tambaleante, apretando una mano contra el persistente dolor en el pecho y agarrando con la otra el borde de la mesa.

Al oír cómo se ponía en pie en la mal iluminada habitación, Cara, recostada en una silla a poca distancia, se levantó de un salto.

—¡Lord Rahl!

Richard vio su espada sobre la mesa. Pero si él había creído que...

—¡Lord Rahl, estáis despierto!

En la lóbrega luz, Richard pudo ver que Cara se mostraba eufórica, y también vio que iba vestida con el traje de cuero rojo.

—Un lobo aulló y me despertó.

Cara sacudió la cabeza.

—He estado sentada justo aquí, despierta, vigilándoos. No ha aullado ningún lobo. Debéis de haberlo soñado. —Su sonrisa regresó—. ¡Tenéis mejor aspecto!

Él recordó que no podía respirar, que no podía inhalar aire suficiente, así que inspiró hondo a modo de experimento y descubrió que lo hacía con facilidad. Aunque el fantasma de un dolor terrible seguía persiguiéndole, la realidad de éste ya casi se había desvanecido.

—Sí, creo que estoy bien.

Recuerdos breves e inconexos centellearon en su mente. Recordó haber estado de pie, solo y quieto, en la fantasmal luz de los albores del día mientras la oscura oleada de soldados de la Orden Imperial salía en tropel de entre los árboles. Recordó retazos de la salvaje carga, las armas

alzadas de los hombres, y recordó haberse abandonado a la grácil danza con la muerte. También recordó la lluvia de flechas y saetas de ballestas, y, finalmente, a otros hombres uniéndose a la batalla.

Alzó la parte delantera de la camisa para separarla del cuerpo y la contempló, sin comprender por qué estaba intacta.

—Vuestra camisa estaba destrozada —le explicó Cara, advirtiéndolo su perplejidad—. Os lavamos y afeitamos, luego os pusimos una camisa limpia.

«Lavamos, pusimos». Aquellas palabras se alzaron por encima de todas las demás que había en su mente. «Lavamos, pusimos». Cara y Kahlan. Eso tenía que ser a lo que se refería Cara.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—Kahlan —respondió él a la vez que se alejaba con una zancada del apoyo que le brindaba la mesa—. ¿Dónde está?

—¿Kahlan? —Las facciones de Cara fluctuaron hasta adoptar una sonrisa provocativa—. ¿Quién es Kahlan?

Richard suspiró aliviado. Cara no lo aguijonearía de aquel modo si Kahlan estuviese herida o en alguna clase de dificultad; lo sabía con certeza. Una abrumadora sensación de alivio expulsó su pavor y con él algo de su fatiga. Kahlan estaba a salvo.

Tampoco pudo evitar sentirse reconfortado por la expresión pícaro de Cara. Le encantaba verla con una sonrisa despreocupada, en parte porque era una visión muy poco común. Por lo general, cuando una mord-sith sonreía, se trataba del amenazador preludio de algo harto desagradable, y lo mismo sucedía cuando vestían el traje de cuero rojo.

—Kahlan —dijo Richard, siguiéndole el juego—, ya sabes, mi esposa. ¿Dónde está?

La nariz de Cara se arrugó con un femenino regocijo poco usual en ella. Tal expresión resultaba tan rara en el semblante de Cara que no sólo lo sorprendió sino que le hizo sonreír abiertamente.

—Una esposa —repuso ella con lentitud, adoptando una actitud coqueta—. Vaya, ésa es una idea original. El lord Rahl tomando una esposa.

El hecho de que fuese el lord Rahl, la persona que dirigía los destinos de D'Hara, en ocasiones todavía le resultaba irreal, ya que no era algo que un guía de bosque criado en la lejana Tierra Occidental hubiera soñado ni en sus fantasías más disparatadas.

—Sí, bueno, uno de nosotros tenía que ser el primero. —Se pasó una mano por el rostro, intentando aún eliminar la telaraña del sueño—. ¿Dónde está?

La sonrisa de Cara se ensanchó.

—Kahlan —ladeó la cabeza hacia él, enarcando una ceja—... vuestra esposa.

—Sí, Kahlan, mi esposa —repuso él con naturalidad, pues hacía tiempo que había aprendido que era mejor no proporcionar a la mord-sith la satisfacción de ver cómo lo afectaban sus pícaras bufonadas—. Tú la recuerdas: inteligente, ojos verdes, alta, melena larga, y por supuesto la mujer más hermosa que he visto jamás.

El cuero de la vestimenta de Cara crujió al erguir ésta la espalda y cruzar los brazos sobre el pecho.

—Queréis decir la más hermosa aparte de mí, desde luego. —Sus ojos brillaban cuando sonrió, pero él no mordió el anzuelo.

—Bueno —dijo por fin la mord-sith con un suspiro—, el lord Rahl ciertamente parece haber tenido un sueño interesante durante el largo período de tiempo que ha estado dormido.

—¿Largo período de tiempo?

—Habéis dormido durante dos días... después de que Nicci os curase.

Richard se pasó los dedos por los sucios cabellos enmarañados.

—Dos días... —dijo mientras intentaba conciliar los fragmentados recuerdos; empezaba a molestarle el jueguecito de Cara—. Así pues, ¿dónde está?

—¿Vuestra esposa?

—Sí, mi esposa. —Richard se puso en jarras a la vez que se inclinaba en dirección a la irritante mujer—. Ya sabes, la Madre Confesora.

—¡Madre Confesora! Vaya, vaya, lord Rahl, desde luego cuando soñáis lo hacéis a lo grande. Lista, hermosa, y la Madre Confesora además. —Cara se inclinó al frente con una mirada burlona—. ¿Y sin duda ella está también locamente enamorada de vos?

—Cara...

—¡Ah! Aguardad. —Alzó una mano para acallarlo a la vez que se ponía seria—: Nicci dijo que quería que la llamase si despertabais. Fue muy insistente al respecto. Dijo que, si despertabais, tenía que echaros un vistazo. —Cara empezó a andar hacia la puerta cerrada del fondo de la habitación—. Sólo lleva un par de horas durmiendo, pero querrá saber que estáis despierto.

Cara llevaba en la habitación trasera apenas un instante cuando Nicci salió de la oscuridad como una exhalación, deteniéndose brevemente para aferrar el marco de la puerta.

—¡Richard!

Antes de que Richard pudiese decir nada, Nicci, con los ojos muy

abiertos por el alivio de verlo vivo, se abalanzó sobre él y lo agarró por los hombros como si pensara que era un buen espíritu que había llegado al mundo de los vivos y al que debía agarrarse bien para que se quedara allí.

—Estaba tan preocupada... ¿Cómo te sientes?

Parecía tan agotada como se sentía él. No se había peinado la melena rubia y daba la impresión de que había estado durmiendo sin quitarse el negro vestido. Aun así, el contraste de su aspecto desaliñado no hacía más que resaltar su exquisita belleza.

—Bueno, bien en términos generales, salvo que me siento agotado y mareado a pesar de haber disfrutado de un período de sueño bastante largo.

Nicci agitó displicentemente una mano.

—Eso era de esperar. Con descanso recuperarás toda tu energía muy pronto. Perdiste mucha sangre y tu cuerpo necesitará tiempo para recuperarse.

—Nicci, necesito...

—Silencio —dijo ella a la vez que le colocaba una mano en la espalda y presionaba la palma de la otra contra el pecho, frunciendo el entrecejo.

Aunque parecía tener aproximadamente la edad de Richard, o ser como mucho sólo un año o dos mayor, Nicci había vivido durante mucho tiempo como una Hermana de la Luz en el Palacio de los Profetas, donde aquellos que residían entre sus muros envejecían de un modo distinto. El porte lleno de gracia de la mujer, la aguda perspicacia de sus ojos azules y su singular sonrisa contenida habían sido al principio turbadores y luego inquietantes, pero en la actualidad eran simplemente familiares.

Richard hizo una mueca de dolor al sentir el poder de Nicci hormigueándole en las profundidades del pecho. Fue una penetración desconcertante, que hizo que el corazón le palpitase con fuerza. Lo recorrieron náuseas.

—Está aguantando —murmuró Nicci para sí, y a continuación alzó la mirada para clavarla en sus ojos—. Los vasos están enteros y fuertes. —La expresión de asombro de sus ojos traicionaba lo poco segura que había estado del éxito, pero algo de su sonrisa tranquilizadora regresó—. Todavía necesitas descansar, pero estás sanando, Richard, de verdad.

Él asintió, aliviado al oír que estaba bien, incluso aunque ella pareciese un poco sorprendida por ello. Pero también era necesario descartar sus otras preocupaciones.

—Nicci, ¿dónde está Kahlan? Cara está taciturna esta mañana y no quiere decirlo.

Nicci pareció desconcertada.

—¿Quién?

Richard le agarró la muñeca y le apartó la mano de su pecho.

—¿Qué sucede? ¿Está herida? ¿Dónde está?

Cara miró a Nicci.

—Mientras dormía, lord Rahl se inventó una esposa.

Nicci miró sorprendida a Cara, frunciendo el entrecejo.

—¡Una esposa!

—¿Recuerdas el nombre que pronunció cuando deliraba? —Cara le dirigió una sonrisa de complicidad—. Es la persona con la que se casó en su sueño. Es hermosa... y lista, por supuesto.

—Hermosa. —Nicci miró a la otra pestañeando—. Y lista.

Cara enarcó una ceja.

—Y es la Madre Confesora.

Nicci se mostró incrédula.

—La Madre Confesora...

—Ya basta —dijo Richard a la vez que soltaba la muñeca de Nicci—. Lo digo en serio, ahora. ¿Dónde está ella?

Quedó de inmediato bien patente para las dos mujeres que el sentido del humor de Richard había desaparecido, y la intensidad de su voz, por no mencionar su mirada furiosa, las hizo vacilar.

—Richard —dijo Nicci en un tono cauto—, resultaste muy malherido. Durante un tiempo no creía que... —Se sujetó un mechón tras la oreja y volvió a empezar—. Mira, cuando una persona recibe una herida tan grave como la tuya, ésta puede gastarle jugarretas a su mente. No tiene nada de extraño. Lo he visto antes. Cuando te dispararon esa flecha, no podías respirar. Y cuando uno se ahoga, eso provoca...

—¿Qué os sucede a vosotras dos? ¿Qué está pasando? —Richard no podía comprender por qué se andaban con rodeos, y sentía que el corazón le galopaba descontrolado—. ¿Está herida? ¡Decídmelo!

—Richard —respondió Nicci con una voz sosegada destinada a apaciguarle—, la saeta de aquella ballesta estuvo peligrosamente cerca de atravesarte el corazón. De haberlo hecho, no habría existido nada que yo pudiera haber hecho. No puedo resucitar a los muertos.

»Incluso a pesar de que no acertó en tu corazón, la flecha provocó daños de importancia. La gente sencillamente no sobrevive a una herida tan grave como la tuya, y no podría haberte curado del modo convencional porque no podía hacerse. Ni siquiera había tiempo para intentar sacar la flecha de cualquier otro modo. Tenías una hemorragia interna. Tuve que...

Titubeó a la vez que alzaba la mirada para clavarla en los ojos de Richard, que se inclinó un poco hacia ella.

—¿Tuviste qué?

Nicci encogió un hombro, algo cohibida.

—Tuve que usar Magia de Resta.

Nicci era una hechicera poderosa, pero era infinitamente más excepcional debido a que era capaz de hacer uso además de fuerzas del inframundo. En el pasado había estado entregada a esas fuerzas; en el pasado se la había conocido como la Señora de la Muerte. Curar no era exactamente su especialidad.

La cautela de Richard estalló.

—¿Por qué?

—Para sacarte la flecha.

—¿Eliminaste la flecha con Magia de Resta?

—No había tiempo ni tampoco otro modo. —Volvió a sujetarle los hombros, aunque con más compasión en esta ocasión—. Si no hubiese hecho algo, habrías muerto al cabo de unos instantes. Tenía que hacerlo.

Richard echó un vistazo al semblante sombrío de Cara y luego devolvió la mirada a Nicci.

—Bueno, imagino que eso tiene sentido.

Al menos, sonaba como si tuviese sentido, aunque no sabía realmente si lo tenía o no. Como se había criado en los inmensos bosques de la Tierra Occidental, Richard no sabía gran cosa sobre la magia.

—Y algo de tu sangre —añadió Nicci en voz baja.

No le gustó nada como sonaba aquello.

—¿Qué?

—Tenías una hemorragia interna en el pecho. Un pulmón ya no funcionaba. Pude darme cuenta de que el corazón estaba siendo desplazado, que las arterias principales corrían peligro de quedar destrozadas por la presión. Necesitaba quitar de en medio la sangre para curarte; para que pulmones y corazón pudiesen funcionar como era debido. Estaban fallando. Estabas conmocionado y delirabas. Estabas a las puertas de la muerte.

Los ojos azules de Nicci estaban llenos de lágrimas.

—Tenía tanto miedo, Richard. No había nadie más aparte de mí para ayudarte y temía fracasar. Incluso después de hacer todo lo que pude para curarte, seguía sin estar segura de que volvieres a despertar.

Richard pudo ver el efecto de aquel miedo en su semblante y lo percibió en el modo en que los dedos de la mujer temblaban sobre sus brazos. Indicaba lo lejos que había llegado desde que había renunciado a su fe en las Hermanas de las Tinieblas y luego en la Orden Imperial.

La expresión angustiada del rostro de Cara le confirmó la veracidad

de hasta qué punto había sido desesperada la situación. Si bien él aparentemente había disfrutado de un largo sueño, ninguna de ellas parecía haber gozado de poco más que breves cabezadas. Debía haber sido una vela aterradora.

La lluvia tamborileaba sin pausa sobre el tejado, pero aparte de eso, el frío y húmedo cascarón que era aquella casa permanecía en un silencio sepulcral. La vida parecía mucho más efímera en la casa abandonada; aquel lugar desolado le producía escalofríos a Richard.

—Me salvaste la vida, Nicci. Recuerdo haber temido que iba a morir. Pero me salvaste la vida. —Le acarició la mejilla con las yemas de los dedos—. Gracias. Desearía que hubiese un modo mejor de decirlo, un modo mejor de decirte lo mucho que agradezco lo que hiciste, pero no se me ocurre ninguno.

La pequeña sonrisa de Nicci y su leve asentimiento le indicaron que ésta captaba lo profundo de su sinceridad.

Otra idea se le ocurrió entonces.

—¿Estás diciendo que usar Magia de Resta causó alguna clase de... problema?

—No, no, Richard. —Nicci le oprimió los brazos para disipar sus temores—. No, no creo que causara ningún daño.

—¿Qué quieres decir con que no crees que lo hiciera?

La mujer vaciló un instante antes de explicar:

—Jamás había hecho nada parecido antes. Jamás oí siquiera que se hiciese. Queridos espíritus, ni siquiera sabía que podía hacerse. Como estoy segura que puedes imaginar, usar Magia de Resta de ese modo es arriesgado, por no decir algo peor. Cualquier cosa viva que tocara también quedaría destruida. Tuve que usar la parte central de la misma flecha como un sendero a tu interior. Puse todo el cuidado posible en eliminar únicamente la flecha... y la sangre derramada.

Richard se preguntó qué les sucedía a las cosas cuando se usaba Magia de Resta —qué le habría sucedido a su sangre—, pero la cabeza le daba ya vueltas con el relato y lo que más deseaba era que ella fuese al grano.

—Pero entre todo eso —añadió Nicci—, entre la pérdida masiva de sangre, la herida, el no poder obtener aire suficiente, la tensión que padeciste mientras usaba Magia de Suma corriente para curarte... por no mencionar el elemento desconocido que la Magia de Resta añadió a la mezcla... pasaste por una experiencia que sólo puede describirse como imprevisible. Una crisis tan terrible puede causar que sucedan cosas inesperadas.

Richard no sabía adónde quería ir a parar la mujer.

—¿Qué cosas inesperadas?

—No se puede saber. No tuve más elección que usar métodos extremos. Estabas más allá de los límites que yo conocía. Tienes que intentar comprender que no fuiste tú mismo durante un tiempo.

Cara introdujo un pulgar tras el rojo cinturón de cuero.

—Nicci tiene razón, lord Rahl. No fuisteis vos mismo. Luchabais contra nosotras. Tuve que manteneros inmovilizado para que ella pudiese ayudarlos.

»He vigilado a hombres al borde de la muerte. Suceden cosas extrañas cuando se hallan en ese lugar. Creedme, estuvisteis allí mucho tiempo durante esa primera noche.

Richard sabía muy bien a qué se refería ella al decir que había vigilado a hombres al borde de la muerte. La profesión de las mord-sith había sido la tortura; al menos lo había sido hasta que él había cambiado todo aquello. Con él tenía el agiel de Denna, la mord-sith que en una ocasión lo había vigilado actuando como tal. Ella le había entregado su agiel como solemne regalo en gratitud por haberla liberado de la locura de su terrible deber... incluso a pesar de que había sabido que el precio de tal liberación iba a ser que la espada de Richard le atravesara el corazón.

En aquellos instantes, Richard se sentía muy lejos de los tranquilos bosques en los que había crecido.

Nicci extendió las manos como implorándole que se esforzara más por comprender.

—Estuviste inconsciente y luego dormido durante bastante tiempo. Tenía que revivirte lo suficiente para conseguir que bebieses agua y un caldo, pero necesitaba mantenerte en un sueño profundo para que pudieses empezar a recuperar las fuerzas. Tuve que usar un hechizo para mantenerte en ese estado. Habías perdido mucha sangre. De haberte permitido despertar demasiado pronto ello habría minado tus débiles fuerzas y podríamos haberte perdido.

Muerto, eso era lo que ella quería decir. Podría haber muerto. Richard inspiró profundamente. No tenía ni idea de todo lo que había sucedido durante los últimos tres días. Básicamente, recordaba la batalla y luego despertar al oír el aullido de un lobo.

—Nicci —dijo, intentando mostrarse tranquilo y comprensivo a pesar de no sentirse ni lo uno ni lo otro—, ¿qué tiene esto que ver con Kahlan?

Las facciones de la mujer mostraban una incómoda mezcla de empatía y desasosiego.

—Richard, esa mujer, Kahlan, no es más que un producto de tu

mente cuando te hallabas en ese confuso estado de delirio antes de que pudiera curarte.

—Nicci, no estaba imaginando...

—Estabas al borde de la muerte —dijo ella a la vez que alzaba una mano, ordenando silencio y que la escuchara—. Mentalmente intentabas aferrarte a alguien que ayudara... alguien como esta persona, Kahlan. Por favor, créeme cuando digo que es comprensible. Pero estás despierto ahora y debes enfrentarte a la verdad. Fue un producto de tu imaginación provocado por la situación extrema en que estabas.

Richard se quedó atónito al oírla sugerir tal cosa. Giró la cabeza hacia Cara, implorándole que entrara en razón, por no decir que fuera en su auxilio.

—¿Cómo es posible que penséis tal cosa? ¿Cómo podéis creer eso?

—¿No habéis tenido nunca un sueño en el que estuviéseis aterrado y entonces vuestra madre, ya fallecida, aparecía allí, viva, y para ayudaros? —Los impasibles ojos azules de Cara parecían fijos en otra parte—. ¿No recordáis haber despertado tras un sueño así y sentir la seguridad de que había sido real, que vuestra madre volvía a estar viva, realmente viva, y que os iba a ayudar? ¿No recordáis lo mucho que deseabais aferraros a ese sentimiento? ¿No recordáis lo desesperadamente que deseabais que fuese real?

Nicci tocó levemente el lugar donde había estado la flecha, donde la carne estaba intacta ya.

—Después de que te curara lo peor de la crisis, entraste en un largo letargo lleno de sueños. Tenías esas ilusiones desesperadas contigo y soñaste con ellas, las ampliaste, viviste con ellas más tiempo que en cualquier sueño corriente. Ese sueño prolongado, esa ilusión reconfortante, esa añoranza mágica, tuvo tiempo para calar en cada rincón de tus pensamientos, para saturar cada parte de tu mente, y se convirtió en real para ti, tal y como Cara dice, pero, debido al mucho tiempo que estuviste dormido, obtuvo aún más poder. Ahora que acabas de despertar de ese sueño prolongado sencillamente experimentas algún pequeño problema para filtrar la parte de tu terrible experiencia que fue un sueño y la que fue real.

—Nicci tiene razón, lord Rahl. —Richard no podía recordar que Cara hubiese tenido nunca una expresión tan terriblemente seria—. Simplemente lo soñasteis... igual que soñasteis que oíais aullar a un lobo. Parece un sueño agradable... el de esta mujer con la que soñasteis que os casabais... pero eso es todo lo que es: un sueño.

A Richard la mente le daba vueltas. La idea de que Kahlan no fuese más que un sueño, un producto de su imaginación nacido durante su

delirio, era, en esencia, aterradora, y ese terror irrumpió a través de él. Si lo que ellas decían era cierto, no quería estar despierto; si era cierto, entonces deseaba que Nicci no lo hubiese curado, porque no quería vivir en un mundo en el que Kahlan no fuese real.

Buscó a ciegas un terreno firme en un mar de oscuro desorden, demasiado anonadado para pensar en un modo de combatir tal amenaza informe. Se sentía confuso tras la experiencia pasada y por el hecho de no recordar gran cosa de todo ello; así que su certeza respecto a lo que consideraba cierto empezó a desmoronarse.

Se contuvo. Sabía perfectamente que no debía creer en un temor, pues de ese modo le daría vida. Si bien no era capaz de comprender cómo habían llegado a concebir una idea tan monstruosa, sabía que Kahlan no era un sueño.

—Después de todo lo que ambas habéis compartido con ella, ¿cómo es posible que digáis que Kahlan es tan sólo un sueño?

—No podemos —dijo Nicci—, decirte que lo que dices es verdad.

—Lord Rahl, jamás seríamos tan crueles como para intentar engañaros sobre algo tan importante para vos.

Richard se las quedó mirando. ¿Podría ser? Intentó frenéticamente imaginar si existía alguna posibilidad de que lo que decían pudiese ser cierto.

Tensó los puños.

—¡Dejadlo estar... las dos!

Fue una súplica a un retorno a la cordura. No había sido su intención que sonara como una amenaza, pero así fue. Nicci retrocedió medio paso y el rostro de Cara perdió un poco de su color.

Richard no conseguía respirar pausadamente, ni poner freno a su desbocado corazón.

—No recuerdo mis sueños. —Miró a cada una de ellas—. No desde que era pequeño. No recuerdo ningún sueño mientras estaba herido, ni mientras dormía. Ni uno. Los sueños carecen de sentido. Kahlan no es así. No me hagáis esto... por favor. Esto no me sirve de ninguna ayuda, sólo empeora las cosas. Por favor, si algo le ha sucedido a Kahlan, necesito saberlo.

Tenía que ser eso. Le había sucedido algo y ellas no creían que estuviese lo bastante fuerte aún para soportar la noticia.

Un temor mucho peor hizo su aparición cuando recordó a Nicci diciendo que no podía resucitar a los muertos. ¿Podría ser que estuviesen intentando protegerle de eso?

Apretó los dientes en un esfuerzo por no chillarles, por mantener la voz serena y bajo control.

—¿Dónde está Kahlan?

Nicci agachó cautelosamente la cabeza, como suplicando su perdón.

—Richard, ella está simplemente en tu cabeza. Sé que tales cosas pueden parecer muy reales, pero no lo es. La soñaste mientras estabas herido... nada más.

—No soñé a Kahlan. —Se dirigió de nuevo a la mord-sith—. Cara, has estado con nosotros durante más de dos años. Has peleado junto a nosotros, por nosotros. En la época en que Nicci era una Hermana de las Tinieblas y me trajo aquí abajo, al Viejo Mundo, tú me sustituiste y protegiste a Kahlan. Ella te ha protegido. Habéis compartido y sopor-tado cosas que la mayoría de las personas ni imaginarían siquiera. Os habéis hecho amigos.

Indicó con un gesto el agiel de la mord-sith, el arma que no parecía más que una delgada vara corta de cuero rojo colgando de su muñeca derecha por una fina cadena de oro.

—Incluso nombraste a Kahlan hermana del agiel.

Cara permaneció muy rígida y muda.

El que Cara otorgara a Kahlan el título de hermana del agiel había sido un honor informal, pero profundamente solemne por parte de una antigua enemiga mortal a una mujer a la que había llegado a respetar y en la que tenía puesta su confianza.

—Cara puede que empezaras siendo una protectora del lord Rahl, pero te has convertido en más que eso para Kahlan y para mí. Te has convertido en familia.

Voluntariamente y sin una vacilación, Cara sería capaz de sacrificar la vida por proteger a Richard, pues no tan sólo era implacable, sino que no le temía a nada si se trataba de defenderlo.

La única cosa que Cara temía era decepcionarlo.

Aquel miedo era bien patente en sus ojos.

—Gracias, lord Rahl —respondió por fin con voz sumisa—, por incluirme en vuestro maravilloso sueño.

Richard sintió un hormigueo por todo el cuerpo a medida que una oleada de gélido pavor lo recorría. Abrumado, apretó una mano contra la frente, echándose atrás los cabellos. Aquellas dos mujeres no se estaban inventando una historia por miedo a darle malas noticias. Le estaban diciendo la verdad.

La verdad tal y como ellas la veían, al menos. La verdad deformada en forma de pesadilla.

No conseguía hacer que su mente aceptara nada de aquello, no conseguía comprender nada en absoluto. Después de lo que habían compartido con Kahlan, todo por lo que habían pasado junto con ella, todo

el tiempo que llevaban juntos, le resultaba imposible comprender cómo era posible que las dos mujeres pudiesen decirle aquello.

Y sin embargo, lo hacían.

Si bien no concebía la causa, era evidente que algo estaba terriblemente mal. Un desasosiego asfixiante descendió sobre él. Daba la impresión de que el mundo había sido puesto patas arriba y él ahora no podía hacer que las piezas volviesen a encajar.

Tenía que hacer algo; lo que había estado a punto de hacer antes de que los soldados los atacasen. Quizá no era demasiado tarde.